

Palos de ciego

*David
Torres*

De esta edición:

© Círculo de Tiza (Derecho y Revés, S. L.)

www.circulodetiza.es

Título: Palos de ciego

© del texto: David Torres

© de la Foto: David Torres

Primera edición: octubre 2017

Diseño gráfico: Miguel Sánchez Lindo

Impreso en España por Imprenta Kadmos

ISBN: 978-84-946299-7-6

Depósito Legal: M-26097-2017

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su almacenamiento, tratamiento o transmisión de ninguna manera y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa por escrito de la editorial.

Índice




i. Borrón	13
ii. La sombra de Stalin.....	100
iii. El Prado de las Hadas.....	171
iv. Una piedra blanca	256
Bibliografía.....	260
Filmografía	267
Agradecimientos.....	268

*Para Álvaro Muñoz Robledano,
que lo ha esperado más de veinte años*

Hay piedras en el mar que nadie ha visto.

Hay piedras en el mar que nadie ha visto.

Mark Strand

① Hijo		② Hijo	
Nombre	<i>Daniel</i>	Nombre	<i>David</i>
Apellidos	<i>Correa y Rivas</i>	Apellidos	<i>Torres y Pizar</i>
Hijo de	<i>Daniel y Dolores</i>	Hijo de	<i>David y Dolores</i>
Nació el día	<i>27 de octubre</i>	Nació el día	<i>9 de octubre</i>
en	<i>Madrid</i>	en	<i>Madrid</i>
Registro Civil de	<i>Maunabo</i> Tomo <i>182</i> Pág. <i>410</i>	Registro Civil de	<i>Palma</i> Tomo <i>218</i> Pág. <i>415</i>
Observaciones		Observaciones	
			
Falleció el día	<i>27 de octubre</i>	Falleció el día	
en	<i>Madrid</i>	en	
Registro Civil de	<i>Maunabo</i> Tomo <i>1121</i> Pág.	Registro Civil de	
Observaciones		Observaciones	
			

I. Borrón

Todas las mañanas iba de camino a la escuela sorteando las líneas del empedrado y las grietas en el cemento. No era fácil, tenía que prestar atención para no pisarlas, de modo que caminaba con la vista en el suelo, la cartera repleta de libros a la espalda, atento a cada paso. Apenas había cinco minutos a pie, desde mi casa en el número 7 de Patriarca San José hasta el Colegio Pío XII en Valdecanillas, pero el sendero trazado en mi cabeza y del que no podía desviarme un milímetro consistía en una imaginaria ruta de alta montaña, un complejo mapa mental que exigía cuidado y destreza: tres pasos aquí, dos allí, un salto, otro salto, caminar por el bordillo, agarrarse a un muro. A veces el sendero se adelgazaba hasta el filo de un abismo, otras exigía una delicada maniobra de escalada.

Repetía el enmarañado itinerario cada mañana bajo el sortilegio de que si me equivocaba, si pisaba una grieta por descuido, sucedería algo terrible. Tampoco me tomaba la amenaza muy en serio; no era una creencia firme sino más bien una superstición, un juego privado, un vago

protocolo transmutado en costumbre. Recuerdo el camino, las ásperas paredes del portal, los ladrillos donde anidaban arañas, los árboles descascarillados que servían de portería de fútbol, la barandilla de metal junto al almacén de Azulejos Gascón, el rastro del carbón en las aceras, el olor de la vieja lechería perdida tantos años atrás y ante la que todavía cierro los ojos. Desde entonces mis padres han cambiado de domicilio dos veces, pero nunca fueron muy lejos. De hecho, todavía siguen viviendo en Valdecasillas, en unos edificios levantados más o menos enfrente del lugar donde se hallaba mi antiguo colegio. El cual no consistía más que en el bajo de una vivienda, tres o cuatro habitaciones donde nos amontonábamos los críos: quinto y sexto juntos, séptimo y octavo juntos, el resto —párulos, primero, segundo, tercero y cuarto— más o menos revueltos. El colegio desapareció y aquellas habitaciones permanecieron cerradas durante décadas, los verdes postigos metálicos herrumbrándose a cámara lenta y las mayúsculas pintadas de rojo en el muro —PÍO XII— desvaneciéndose como el papado que evocaban. De vez en cuando, al regresar al barrio y pasar frente a los desgastados muros, me gustaba imaginar que en el interior, bajo la oscuridad, el polvo y la mugre, aún subsistían pizarras y pupitres entre los que merodeaban los espectros de los niños que fuimos.

Ahora, al atravesar esas mismas calles, no consigo evocar las sensaciones que me affigían cuando las recorría de niño, a las ocho de la mañana, de camino a la escuela. Tal vez necesite encajar mis pasos en las mismas huellas de entonces, en la partitura del pasado, para que las notas cobren vida y el recuerdo eche a andar en mi cabeza.

Conservo todavía algunas cosas —el frío del invierno, la escarcha sobre los parabrisas donde escribíamos con un dedo deliciosamente entumecido; el bullicio de los gorrones en las ramas primaverales—, pero no son más que animales disecados, tristes réplicas, como la gallineta de pico rojo y ojos de cristal que me observaba desde lo alto de su muerte. No logro recobrar los detalles, el plano exacto de mi peregrinaje. Tampoco estoy seguro de qué castigos me había designado si pisaba alguna grieta o si me desviaba del recorrido; sólo sé que obedecía a un impulso absurdo, pueril, no muy distinto al temor de quien no puede dormir con un armario entreabierto o con la luz apagada. Poco a poco olvidé el ritual —que fue borrándose de mi cabeza como una nana de infancia, como las fechas de batallas y las ecuaciones que ya no necesitamos— y empecé a ir al colegio en línea recta, sin importarme si pisaba las grietas del cemento o las rayas del empedrado.

Vuelvo la vista atrás y me veo caminando solo, esquivando barrancos y abismos imaginarios, a pesar de que en aquellos años forzosamente tenía que ir junto a mi hermano Dani, dos años menor que yo, que estudiaba en el mismo colegio. Le llamo por teléfono y le pregunto si íbamos juntos por la mañana al Pío XII; me responde que claro que íbamos juntos. Hay muchos huecos, muchas cosas extraviadas, muchas zonas en blanco en ese plano mordisqueado con el que intentaba conjurar el miedo a la escuela, pero me pregunto dónde ha ido a parar Dani.

La memoria no es fiable, lo que quiere decir que quizá tampoco lo sea el pasado, que hasta cierto punto vivir consiste en avanzar sobre una resbaladiza y frágil capa de hielo bajo la que se agitan algas, peces, casas abandona-

das, novias perdidas, juguetes rotos; profesores exiliados, vecinos borrosos, amigos idos para siempre: los galeones hundidos de la infancia. Dani había sido extirpado de mi camino al colegio lo mismo que ciertos camaradas de Stalin desaparecían en las fotos antiguas, sin dejar rastro. Echo la vista atrás y no logro encontrar su mano en la mía cuando vamos caminando juntos sobre el hielo, sobre la nieve, sobre el asfalto veteado de grietas. Lo que ninguno de los dos sabía entonces es que también nos acompañaba el fantasma de un hermano muerto.

No estoy interesado en componer una autobiografía, tampoco he llevado nunca un diario, salvo un cuaderno de viaje en el Camino de Santiago que no pasó de cuatro o cinco anotaciones. Escribo esto porque creo que es la única manera de quitarme de encima un libro que me ha obsesionado durante veinte años. Intenté escribirlo de muchas maneras: al principio tomó la forma de una novela centrada en un episodio histórico concreto; después pivotó alrededor de dos acontecimientos relacionados con el período estalinista; poco a poco fue cobrando dimensiones colosales, hasta abarcar la revolución bolchevique, la hambruna en Ucrania, la batalla de Stalingrado, medio siglo xx. Por último, se fue desgajando en varias novelas menores, al estilo de esas *matrioskas* en las que una novela histórica contiene una policiaca, la policiaca un libro de viajes, el libro de viajes una autobiografía y un ensayo. Tuve que admitir mi fracaso: no estaba preparado para acometer la tarea. Cuando empecé a idearlo, veinticuatro años atrás, aún no había publicado un solo libro; ahora tengo unos quince volúmenes a mis espaldas. Entonces no sabía apenas nada de la historia a la que me enfrentaba; ahora he leído buena parte de la bibliografía sobre el tema y admito que sigo sin saber apenas nada. Pero son

